



Ricardo Monreal Ávila

El pastor y el agricultor

Más allá de su perfil síncopa, ¿qué tienen en común el pastor José Mar Flores Pezreya, secuestrador de un avión en el aeropuerto de la Ciudad de México, y el agricultor de los Altos de Jalisco Luis Felipe Hernández Castillo, quien sembró pánico en el Metro Balderas y asesinó a dos personas? Que ambos actuaron por mandato de Dios y quisieron hablar antes —o a través de sus actos— con “el presidente Calderón”, para advertirle de severos desastres y catástrofes.

En el caso de Josemar, los primeros despachos informativos hablaron de que el predicador pretendía alertar a Felipe Calderón de un posible atentado en su contra, el día 15 de septiembre. Después se consignó que únicamente buscaba notificarle de un “devastador terremoto” en México. El periódico *La Prensa* del 10 de septiembre resumió a ocho columnas el sentir de muchos lectores y ciudadanos, después de la tensión nacional generada: “¡Pinche loco!”.

Pero nueve días después de aquella comedia llegaría la tragedia. “Horas antes de matar a un policía y a un civil en la estación del Metro Balderas, Luis Felipe Hernández Castillo, agricultor jalisciense, intentó hablar con el presidente Felipe Calderón para pedirle acciones concretas contra el calentamiento global... Como no conoce la Ciudad de México, fue al Zócalo porque pensó que en alguna oficina iba a encontrar a las autoridades federales, pero tras ser rechazado por los guardias, subió al Metro para dirigirse a su hotel”, con el desenlace por todos conocido (*Reforma*, Ciudad p.7, 20 de

septiembre).

La asociación de “Dios” con “el presidente de México” es una de las tragicomedias más dolorosa y costosa de nuestro país. La creencia de que el titular del Ejecutivo mexicano es el enviado de Dios a estas tierras o puede ser capaz de cumplir sus designios o revertir calamidades como el calentamiento global, está tan arraigada en el imaginario colectivo que incluso personas con niveles de información y educación por encima de la media nacional, como el pastor y el agricultor, no pueden prescindir de ella.

Alguien tiene que explicar a los millones de mexicanos creyentes aún en el Presidente Omnímoto, que esa institución unipersonal hace tiempo dejó de recibir, interpretar y cumplir los designios divinos. Que la comunicación con la bóveda celeste se perdió hace tiempo (de hecho, nunca ha existido) y la vinculación con los hombres y mujeres de la tierra, ya sea que viajen en avión o en Metro, se le dificulta bastante a este sistema presidencial agotado.

Alguien tiene que recordar a los miles de Josemar y Luis Felipe que podrían andar caminando en el país con la esperanza de ser escuchados por “el presidente de México”, como última manifestación de cordura ciudadana previo al ataque de locura demencial, que hace algún tiempo, cuando Vicente Fox colgó afuera de Los Pinos la célebre expresión “¿Y yo por qué?”, el último domicilio a donde deben dirigirse los mexicanos a plantear problemas o soluciones sobre el desempleo, la inseguridad, la educación de mala calidad o el calentamiento global es precisamente el Palacio Nacional. Allí cualquier sugerencia terrenal, advertencia

celestial, idea colectiva o imploro personal se topará exactamente con la misma indiferencia metálica: un sistema de vallas infranqueables, de guardias antimotines, de tanquetas blindadas y de burocracia civil distante y sorda. Un gigantesco NO institucional.

Alguien debe advertir a millones de ciudadanos que no deben tomarse muy en serio la propaganda oficial, proclive a cultivar la religión laica del presidencialismo, porque puede llegar a “mover” y a frustrar a fanáticos tan distantes como un pastor de clase media y un agricultor empobrecido. La realidad es que esa propaganda presume algo de lo que se carece; que nunca como hoy los presidentes son terrenales y profanos, de carne y hueso, con más limitaciones e insuficiencias institucionales que capacidades y bondades celestiales. Que los presidentes de hoy están para que la gente los escuche, no para escuchar a la gente.

En fin, alguien tiene que dejar bien claro que hoy padecemos un presidencialismo disfuncional, desalineado, que dejó de ser el eje central de la vida pública, y que no hemos alcanzado a reemplazarlo por otro sistema rector eficiente. Por ello, en buena medida, el país da la impresión de encontrarse extraviado, vuelto loco, al borde de la explosión social, del conflicto y de episodios cómicos como el de Josemar o trágicos como el de Luis Felipe Hernández.

“Dos personas no pueden medir el alma y la disposición de 107 millones de mexicanos..., dos personas no pueden ser la medida de todo un pueblo”, explicó el secretario Gómez Mont. Es cierto. Una



Fecha 22.09.2009	Sección Opinión	Página 15
---------------------	--------------------	--------------

golondrina no hace verano. Pero dos palomas mensajeras negras buscando la casa presidencial al inicio del otoño, no son tampoco una nota de pie de página. Son un mensaje en sí. ■ M

ricardo_monreal_avila@yahoo.com.mx

La asociación de "Dios" con "el presidente de México" es una de las tragicomedias más dolorosa y costosa de nuestro país. La creencia de

que el titular del Ejecutivo mexicano es el enviado de Dios a estas tierras está tan arraigada en el imaginario colectivo que incluso personas con niveles de información y educación por encima de la media

nacional no pueden prescindir de ella



JORGE MOCH